

ANÁLISIS Y FUNCIÓN DE LA LITERATURA COSTUMBRISTA EN EL SIGLO DE ORO

FRANCISCO FLORIT DURÁN

Universidad de Murcia

1. INTRODUCCIÓN

Dentro de la muy rica y variada narrativa española del siglo XVII nos encontramos con un tipo de obras calificadas tradicionalmente con el rótulo de *costumbristas*. Varios son los escritores pertenecientes a esta zona literaria: Juan de Zabaleta, Francisco Santos, Bautista Remiro de Navarra y Antonio Liñán y Verdugo. Estos autores dejaron escritas, entre otras, cuatro obras de las que nos vamos a ocupar en el presente artículo: la *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corre* (1620), de A. Liñán y Verdugo¹; *Los peligros de Madrid* (1646), de B. Remiro de Navarra; *El día de fiesta* (1654-1660), de J. de Zabaleta, y *Día y noche de Madrid* (1663), de F. Santos. Las cuatro obras se sitúan en el Madrid de los Austrias, bautizado por los escritores de la época con el pomposo título de *Babilonia de España*.

Puesto que se trata de creaciones poco conocidas, consideramos conveniente llevar a cabo una breve presentación de las mismas. La *Guía y avisos* constituye, como acertadamente señala Angel Raimundo Fernández, "uno de los mejores ejemplos de la incorporación con peso específico en los contenidos y en la estructura de lo costumbrista"². No cabe duda de que la *Guía y avisos* es una acertada y precisa descripción de las costumbres y los hábitos del Madrid de Felipe II. Comienza con la presentación del marco que sirve para justificar la yuxtaposición de las novelas: en la casa del maestro se reúnen con el propósito de pasar la

¹ No está muy clara la cuestión de la autoría de la *Guía y avisos*, obra que aparece publicada en 1620 a nombre de Antonio Liñán y Verdugo. Algunos críticos piensan que tras ese nombre puede esconderse el de otro autor más conocido en su época. Para este punto puede consultarse con provecho el artículo de A. RAIMUNDO FERNÁNDEZ, "Novela corta marginada del siglo XVII (Notas sobre la *Guía y avisos de forasteros* y *El filósofo del aldea*). en *Homenaje a José Manuel Blecuá*, Madrid, Gredos, 1983. págs. 175-192.

² A. RAIMUNDO FERNÁNDEZ, "Novela corta...". art. cit., pág. 175.

tarde don Diego, recién llegado a la Corte y destinatario directo de las enseñanzas; don Antonio, que vive en Madrid desde hace años y muestra mayor experiencia; y, por último, Leonardo, que llevará buena parte del peso de la narración. Estos cuatro personajes dialogan sobre ocho avisos: cómo elegir posada, cómo escoger amigos, qué calles debe frecuentar el recién llegado, cómo hacer que los negocios prosperen, cómo escapar de los entretenimientos inútiles y del ocio, qué compañías se han de evitar, cómo cuidar a los hijos en caso de que se traigan a la Corte y, finalmente, cómo repartir el tiempo y cumplir con las obligaciones de toda índole. Entre estos ocho avisos se intercalan catorce relatos breves que funcionan como ejemplos de los consejos que le dan al joven don Diego. No pocas de estas narraciones cortas son de estirpe picaresca, aunque también se nota el influjo de la comedia de enredo.

En *Los peligros de Madrid*, como su propio título señala, Remiro de Navarra se propone advertir por la vía ejemplificadora de los peligros que acechan a los incautos que, por primera vez, se adentran en la Babilonia mesetaria. El autor se centra en el comportamiento de las mujeres y pone de relieve sus embelecos y mohatrerías. El libro se estructura en cuatro escenas de desigual extensión: "En la calle y prado alto", "De noche", "De la calle Mayor" y "De la cazuela".

Zabaleta, por su parte, condena en *El día de fiesta* el mal uso que de ese día hacen los habitantes del Madrid del siglo XVII. La obra no fue concebida unitariamente, sino que en un primer momento escribió *El día de fiesta por la mañana* donde ejemplifica sus doctrinas a base de tipos y personajes genéricos, encarnación de las diversas maneras con que profanaba el día santo en el Madrid de Felipe IV. Cada tipo recibe atención adecuada en su correspondiente capítulo, veinte en total: el galán, la dama, el hipócrita, el dormilón, el cazador, el tahúr, etc. En *El día de fiesta por la tarde* Zabaleta describe las diversiones, los ambientes, los lugares de reunión, los usos y las costumbres populares que estorban el cumplimiento de los deberes religiosos. He aquí algunas de tales escenas: la comedia, la casa de juego, el domingo de carnestolendas por la tarde, en suma, doce cuadros.

Francisco Santos, por último, escribe *Día y noche de Madrid* con la intención de pintar con desenfadada crudeza, a la vez que corregir, las viciosas costumbres de sus conciudadanos. Toda una fauna social de tipos, profesiones, ocupaciones y oficios puebla la inspirada creación del autor. La obra se hilvana en torno al recorrido que llevan a cabo dos jóvenes, Onofre y Juanillo el de Provincia, por Madrid. De modo que el libro presenta la clásica estructura itinerante, es decir, que la van construyendo los protagonistas en su recorrido al encontrarse con otros personajes que se convierten en el objeto de la situación censurada³. Es precisamente esta estructura la que otorga la unidad a la obra de Santos frente a la galería de cuadros independientes del texto zabaletiano.

³ Más de una vez la disposición sintáctica de presentar la 'aventura' recuerda al *Quijote*, obra con una clara estructura de libro de viajes:

"En esta contemplación estaban los dos amigos cuando vieron que de una casa grande salía huyendo una mujer...-

(*Día y noche de Madrid*).

"En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos..." (DQ., I, 18).

2. IDEOLOGÍA Y TESIS MORAL

De la lectura de estas cuatro narraciones costumbristas se desprende el hecho de que nos hallamos ante cuatro escritores cuyo pensamiento se arraiga en una ideología católica postridentina, un claro fruto de la España contrarreformista donde la monarquía, la jerarquía social y la religión son intocables. La visión de la vida que sustentan los autores podría definirse como un humanismo cristiano en el que la concepción teocéntrica resulta medular. Así pues, la existencia hay que vivirla pensando en la eternidad, disponiéndose para el gran encuentro con la Divinidad justiciera.

Corolario lógico de este humanismo cristiano y barroco es el tremendo desengaño que recorre los escritos costumbristas. Para sus autores el hombre se configura como un ser altivo y engreído, con pretensiones de grandeza. Los placeres que proporciona el mundo son pura apariencia. La belleza corporal, una mentira que la vejez y la enfermedad marchitan. Pese a ello los hombres se empeñan en consagrar mayores atenciones a su cuerpo que a su alma.

Los costumbristas, por otra parte, están obsesionados por la fecundidad del mal. En su opinión, los pecados se engendran unos a otros en progresión ininterrumpida. Resulta curioso, a este respecto, constatar cómo, según ellos, no poca culpa de la difusión del mal la tienen los libros de entretenimiento deshonesto: libros de comedias, novelas amatorias, poesía erótica, en fin, toda producción literaria de índole fictiva ⁴.

Ante el ser humano, por consiguiente, hay que estar siempre en guardia y desconfiar de todos hasta que se conozcan bien sus intenciones. Pero quien se lleva la peor parte de las censuras es el género femenino. El pensamiento de todos los escritores costumbristas es, sin lugar a dudas, radicalmente antifeminista. La mayoría de sus juicios en este terreno son de una enorme dureza. La mujer aparece siempre dibujada como un ser imprudente, mentiroso, inoportuno, insustancial, menos inteligente que el varón. Sus conversaciones son frívolas, banales y provocativas. Pero su peor defecto es el de la avaricia, que le lleva a explotar al hombre en todas las ocasiones. Los textos costumbristas están llenos de tontos que se dejan embaucar y arruinar con tal de conseguir el dudoso favor femenino. Hasta tal grado se había llegado en la España de los Austrias, que Santos nos presenta a un "loco" que se holgaba de ser pobre "por no tener que dar a las mujeres, aunque quisiera".

Las obras costumbristas que nos ocupan surgieron, consecuentemente, en perfecta consonancia con la ideología que se acaba de sintetizar. Por ello, no puede extrañarnos que a sus creadores les moviera un incontrovertible empeño moralizador y didáctico, pretendiendo avisar, aconsejar y enseñar a su público lector con el fin de que se encaminaran por la senda del bien y evitaran caer en la tentación, dañando de ese modo su alma inmortal.

Las tesis morales que generan y presiden las cuatro obras que estamos viendo guardan muchas semejanzas. Por lo que se refiere a la *Guía y avisos* es su propio autor, por boca de don Antonio, quien expresa claramente sus propósitos: 'darnos y enseñarnos como unas reglas y avisos para enseñar a los forasteros reciénvenidos a esta Corte, ora sea a pretender, ora a pleitear, cómo han de vivir, y de qué modo se han de haber en ella, para huir los grandes y diversos peligros suyos, para quien no tiene experiencia y práctica de semejantes ocasiones, que se ofrecen por instantes, ya de ruines amigos, que sin querer ni pensar se adquierien, ya de

⁴ Sobre este punto de la ideología y la tesis moral en el costumbrismo aurisecukr contamos con el excelente trabajo de C. CUEVAS GARCÍA, "Juan de Zabaleta y la funcionalidad moral del costumbrismo", en *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, Madrid, CECA. 1975. tomo II, págs. 497-523.

mujeres fáciles. engañosas y deshonestas, que a donde no se entendió se encuentran, ya de juegos y distraimientos, de donde se siguen mayores daños y desgracias, que jamás parecieron imaginables, a quien suelen acompañar muertes, castigos, afrentas, infamias y otra multitud de atropellamientos y desgracias, a quien están sujetos los mortales hombres, mientras peregrinan en el profundo piélago del inconstante mar de esta vida miserable" ⁵.

La tesis mantenida por Zabaleta en *El día de fiesta* es muy clara: los domingos y demás fiestas cristianas son el día del Señor. Por consiguiente, el hombre debe aprovechar la festividad para su beneficio espiritual, es decir, ha de cumplir rigurosamente con las obligaciones religiosas de tales días. La práctica demuestra que se está muy lejos del ideal, constatándose que los hombres del siglo XVII tienen abandonadas sus creencias y sus deberes cristianos.

Siguiendo muy de cerca a Zabaleta, Francisco Santos escribe *Día y noche de Madrid* con el propósito de corregir los comportamientos erróneos de sus contemporáneos. Para ello los presenta de un modo minucioso, al tiempo que enseña el camino que hay que seguir si se desea obrar bien.

Con respecto, por último, a *Los peligros de Madrid* poco se puede añadir a lo dicho páginas más arriba. La intención de Remiro de Navarra es avisar de los peligros que acechan en Madrid, esencialmente aquellos que están ocasionados por el comportamiento vicioso de las mujeres.

3. DELEITAR APROVECHANDO

El punto de partida a la hora de vertebrar literariamente todo este conjunto de intenciones e ideas es la vieja tesis de estirpe clásica conocida como deleitar aprovechando. No cabe duda de que los costumbristas barrocos inclinan de un modo ostensible el fiel de la balanza hacia el lado provechoso e instructivo del arte literario. Sus libros buscan sin ningún asomo de duda la enseñanza y el adoctrinamiento. Pero, en tanto que conocedores profundos del ser humano, saben que si se pretende que lo enseñado alcance su objetivo y sea, en consecuencia, beneficioso, resulta imprescindible mezclar lo doctrinal, lo moral con elementos que atemperen lo indigesto y cansado de la exposición didáctica, es decir, deben introducir ingredientes deleitosos que hagan más llevadero el discurso moral.

Varios son los lugares en donde se expone esta tesis. Algunos de ellos no están redactados por los propios autores de las obras costumbristas, sino por quienes prologan dichas obras. Así, en el discurso apologético que precede al texto de la *Guía y avisos*, dice Maximiliano de Céspedes:

"Demás de lo que debo agradecer otra cosa, que no es la de menor consideración en estos escarmientos y avisos, que es el haber sabido con tan peregrino modo y agudo estilo dar a beber la doctrina sólida y necesaria, debajo de la golosina de las novelas y fábulas agradables que a cada propósito refiere. Viejo es aquel dicho, y sentencia de Horacio, que se llevó toda la gala de saber escribir y enseñar el que mezcló a lo dulce lo útil y provechoso; pero aquí vienen bien, y más si le añadimos el saberlo hacer en ocasión tal, que no sólo es menester mezclar lo dulce a lo provechoso para aprovechar, sino para que lo quieran leer, porque está tan tibio el ánimo, tan desazonado el gusto,

⁵ A. LIÑAN Y VERDUGO, *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*, Ed. de Edisons Simons, Madrid, Editora Nacional, 1980, pág. 53.

tan quebradas las alas, tan torpe y desengañado el apetito para leer cosas de doctrina, utilidad y erudición en muchas gentes hechas a leer libros profanos sin una verdad, sin ingenio, sin método, sin arte, ni aún sin la epiqueya, que pide la buena política, que ha de hacer mucho, trabajar mucho y saber mucho, quien los obligare a oír verdades y leer desengaños: tan engañados viven, y no sólo la gente ignorante y común, pero la de más adentro de los cancelos primeros y salas primeras" ⁶.

También en *Día y noche de Madrid* se encuentra, antes de entrar en el cuerpo de la obra, un texto titulado "Respuesta del capitán don Pablo Saavedra" en el que, entre otras cosas, se lee:

"Bien le ajusta el verso de Horacio en que dice: «Aquel poeta será preferido a todos, que deleitando al lector, aprovechara al orador»). Qué más deleite y provecho que éste, pues da ejemplo, desterrando lo confuso y obscuro. (...) Pues naturalmente en el ánimo del hombre hay siempre un deseo de saber lo que ignora, y lo halla fácil, cuando lo ve reducido a acto que deleita: todo lo tiene este libro, que sólo se ampara del deleite provechoso" ⁷.

Si se centra, empero, la atención en los propios escritores, es posible observar que en no pocas ocasiones sienten la necesidad de justificar la introducción de un fragmento demasiado moralizante, y lo llevan a cabo, precisamente, aludiendo al carácter útil y provechoso del mismo. Piénsese, por ejemplo, en lo que ocurre en el Discurso 11 del *Día y noche de Madrid*: Santos, por boca de Juanillo, presenta un cuadro lastimoso formado por un pobre que no puede mantener a su numerosa familia. La escena es, ciertamente, lacrimosa, propia de las comedias y novelas sentimentales. Todo ello está, además, empedrado de advertencias y amonestaciones dirigidas a los ricos que desatienden sus obras de caridad. Llegados a un punto determinado de la descripción del cuadro, dice Juanillo: "Perdona Onofre si te he cansado, que en llegando a estos lances, como pobre, aunque se entenece el alma, el corazón me ofrece alientos para decir lo que pasa en Madrid tan verdaderamente como has oído". A lo que responde Onofre: "Antes te confieso que gusto tanto de oírte que lo hiciera continuamente, pues a tus razones cualquier pecho cristiano debe atender; y así prosigue si tienes más que decir..." ⁸. Francisco Santos, por consiguiente, manifiesta aquí un cierto temor por si esta escena lacrimosa, esmaltada de reflexiones morales, puede llegar a cansar a sus lectores, pero, a su vez, justifica la inclusión de la misma en virtud del beneficio espiritual que su lectura otorga.

Algo semejante se puede observar en *Los peligros de Madrid*. En la estampa titulada "En la calle y prado alto", Remiro de Navarra coloca una extensa diatriba contra la codicia, y al terminar pide perdón por haberse apartado de su principal intento y añade: "Y vuélvome a mis burlas, que en este tiempo no puede ningún hombre honrado hablar de veras sin ser odioso; con que dejo el sermón..." ⁹.

⁶ *Ibid.*, págs. 43-44.

⁷ F. SANTOS, *Obras selectas*, I, ed. de MILAGROS NAVARRO PÉREZ, Madrid. Instituto de Estudios Madrileños, 1976. pág. 5.

⁸ *Ibid.*, pág. 38.

⁹ B. REMIRO DE NAVARRA *Los peligros de Madrid, en Costumbristas españoles (siglos XVI al XX)*, Ed. de E. CORREA CALDERÓN, Madrid, Aguilar, 1964 (2ª ed.), pág. 178 b.

Es el caso, pues, que los costumbristas no mantienen un ponderado equilibrio a la hora de configurar sus obras, sino que inclinan, de un modo voluntario, la balanza hacia la parte didáctica del arte literario. Esto no impide, sin embargo, que en algunos momentos manifiesten su temor ante el posible rechazo que tal actitud pueda ocasionar en los lectores.

4. LA FUNCIONALIDAD MORAL DEL COSTUMBRISMO

Ahora bien, el hecho de que los costumbristas del Siglo de Oro prefieran abiertamente la ladera didáctica no significa que ignoren o desprecien los elementos deleitosos que hay en todo producto literario. Conscientes de que la píldora medicinal ha de ser dorada para quitarle su regusto amargo, es decir, sabedores de que la pedagogía alcanza de un modo más eficaz su propósito si se le endulza con el entretenimiento y el deleite, los escritores se sirven de los ingredientes deleitosos con la intención de lograr sus fines **didácticos**, **parenéticos** y **doctrinales**. De este modo, lo artístico se supedita a concretos propósitos **ejemplarizantes**; el cuadro de costumbres se subordina a la tesis moral expuesta en la obra y adquiere, en consecuencia, un valor instrumental, un valor al servicio de la doctrina católica postridentina.

Liñán, Remiro de Navarra, Zabaleta y Santos son unos **moralistas** que utilizan la pintura de ciertas formas de conducta de sus contemporáneos para transformarlas o desarraigarlas. Teniendo en cuenta todo lo apuntado, cabe hacerse una pregunta: ¿qué procedimientos o técnicas emplean estos autores para dotar de un valor instrumental al cuadro de costumbres? Uno de los más utilizados, y que en el caso concreto de Zabaleta **ha** sido puesto de relieve por Stevens y por Cuevas ¹⁰, es el recurso al ridículo. Los **costumbristas** barrocos se enfrentan al pecado, encarnado en unas determinadas prácticas sociales, describiendo y ridiculizando **tales** hábitos. Cuanto más detallada sea la descripción, más ridícula e ilógica aparecerá ante los ojos del lector. He **aquí** un ejemplo: en el capítulo XVII del *Día de fiesta por la mañana* Zabaleta presenta la figura de un cazador y critica duramente el hecho de que este personaje preste más atención a su afición cinegética que sus obligaciones religiosas. De la descripción que hace Zabaleta de la actividad del cazador el día de fiesta, extraemos el siguiente fragmento:

“Éntrase ya, con la permisión que tiene, por el soto, ve pasar un conejo, échale los perros desatinado, ellos le siguen, y **él** los sigue a ellos con tan grande ansia de coger el animalillo que le pesa no ser perro de aquella casta para cogerle antes que los otros. Al fin le alcanza uno muy lejos de donde **él** está, entre unas retamas. Va el hombre haciéndose dos mil pedazos, mas no siente la fatiga con el gusto del suceso. **Engólfase** en los matorrales, busca el perro y vele comiéndose el conejo con mucho brío. Dale voces para que le suelte, obedécele el animal, que es harto animal en obedecerle, llega ijadeando a coger la presa y alza del suelo un **pellejo** con unos pedazos del conejo pegados. Parte a castigar al perro malhechor, no puede alcanzarle y cae en aquel suelo molido” ¹¹.

¹⁰ Vid., J. R. STEVENS, “The *Costumbrismo* and Ideas of Juan de Zabaleta”, *Publications of the Modern Language Association*, LXXXI (1966), págs. 512-520, y el artículo de CUEVAS citado en la nota 4.

¹¹ JUAN DE ZABALETA, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, ed. de CRISTÓBAL CUEVAS GARCÍA, Madrid. Castalia, 1983, págs. 245-246.

El cazador, pues, resulta hábilmente ridiculizado por Zabaleta, con lo que una atinada descripción de corte costumbrista sirve para censurar la actitud de un personaje que descuida su alma y se entrega apasionadamente a una actividad que tan sólo le produce molestias, cansancio, enfado e incomodidades.

Hay casos en los que el recurso al ridículo se acerca al tono pre-espéptico de un Quevedo. En el capítulo VIII de *El día de fiesta por la tarde* Zabaleta presenta un espléndido cuadro de costumbres en el que retrata a los distintos tipos que participan en una romería, censurándose el que estos romeros cometan durante la fiesta todo tipo de atropellos e inmoralidades. No obstante, lo significativo es que Zabaleta compara a cada uno de los tipos que intervienen en la romería con diferentes animales: elefantes, panteras, hienas, tigres, etc. Los sonsos, por ejemplo, son comparados con las ranas:

"Andan por entre aquella bulla de gente unos sonsos que no tienen habilidad de unirse con ninguno, y tienen golosina de verlos a todos (...). Estos desgarabados mirones son las ranas. Estos brutillos no tienen sangre más que en los ojos. Lo demás del cuerpo es sin calor y sin sangre. Andan cada uno de por sí con movimientos ridículos, embobando los abiertos ojos en cuanto pasa en el sitio. Parase uno junto a un corro de gente sentada que está merendando..."¹².

Pues bien, cuando nuestro autor vuelve a hacer mención de ellos no dice "los sonsos", sino: "Vase acercando una de *las ranas mironas* a un círculo dilatado de hombres en pie". No cabe duda de que en este caso, como en otros muchos que se podrían *allegar*, la caricatura *ridiculizadora* alcanza un tono grotesco, deformador, espéptico. El personaje ha perdido su esencia humana para convertirse en una rana mirona, de *ahí* que Zabaleta no diga "el sono", sino "la rana"¹³.

La ironía, el sarcasmo y la causticidad presiden, por tanto, las descripciones costumbristas de nuestros escritores con el claro propósito de aleccionar a los lectores y conseguir, consecuentemente, que se alejen del vicio y el pecado.

Sería erróneo, sin embargo, figurarse *El día de fiesta*, la *Guía y avisos* y las demás obras costumbristas como unos áridos tratados morales en los que la nota sombría tuviera un carácter privativo. La verdad es que en algunos momentos los autores no pueden sustraerse a la fascinación que les produce ese mundo abigarrado que por razones religiosas pretenden condenar. Hay ocasiones, pues, en las que la risa y el deleite se sobreponen, y los autores se entregan con fruición a la descripción de tipos, situaciones, ambientes, actitudes o vanidades de la más variada especie.

En el capítulo VI, por ejemplo, de *El día de fiesta por la mañana* se nos presenta a un enamorado que va de requiebro en requiebro, desarrollando una actividad frenética. No menos interesante es el relato que de un hipócrita realiza Zabaleta en el capítulo siguiente, el séptimo, del mismo libro. Y otros muchos más. Es posible que en estos casos, como quedó

¹² *Ibid.*, pág. 424.

¹³ Otro ejemplo de caricatura ridiculizadora aparece en el discurso XIV del *Día y noche de Madrid*. En su peregrinación por la Corte Juanillo y Onofre aciertan a escuchar una conversación entre dos lucidos o Lindos. Una vez más, en consecuencia, la descripción de un personaje o de un tipo esta puesta al servicio de una intención moralizadora. Al ridiculizar a los lindos, SANTOS hace que aparezcan ante los lectores tal y como realmente son: unos seres vacíos, pretenciosos e inútiles.

dicho, el autor actúe de un modo casi inconsciente o irreflexivo, que pueda más la magia de la descripción que su severo rictus moralizador. No obstante, hay ocasiones en las que el autor se inclina consciente y abiertamente hacia el lado de lo deleitoso. Piénsese, por ejemplo, en que dentro de los diálogos y avisos que preceden a las novelas de la Guía de Liñán y Verdugo se intercalan narraciones breves de sucesos, anécdotas, cuya funcionalidad es la de aligerar el peso doctrinal, cargado de muchas citas de autores variados. Algunas de estas narraciones proceden de la tradición popular, lo que añadiría un grado más al carácter divertido de las mismas. Véase el cuentecillo que relata Leonardo en el Aviso octavo y último:

"Habían venido dos colegiales de cierto colegio de la ciudad de Salamanca a informar al rey católico don Felipe II que ésta en gloria, sobre cierto negocio grave, y el que le tocaba hablar por más antiguo, aunque era docto en la facultad que profesaba, era tan pesado y prolijo en repetir una razón misma muchas veces, y de su natural en su lenguaje era tan tosco, que por lo uno y lo otro, en el semblante de la majestad católica se echó de ver que se había cansado de oírle: el compañero, que era más agudo y más desenvuelto, y hasta allí no había hablado palabra, al despedirse los dos, dijo al rey: ((Suplicoa vuestra majestad se sirva de mandar. que tenga efecto lo que mi compañero ha suplicado en nombre de mi colegio, porque donde no, volverá a informar de nuevo a vuestra majestad)): celebróle el rey, aunque con la modestia que acostumbraba, y mandó despacharlos" ¹⁴.

Así pues, los escritores costumbristas, en virtud de su afán moralizador, se sirven de materiales fictivos verosímiles para mejor lograr su propósito. Se trata de una manera de endulzar lo amargo de la doctrina con la intención de no aburrir ni cansar a los destinatarios de su mensaje. La tesis moral, en estas ocasiones, se halla implícita, es decir, que debe extraerla el curioso lector del cuadro de costumbres. Al ridiculizar al pecador se pretende erradicar el mal. A veces, sin embargo, esta obsesión le lleva a dibujar escenas brillantes presididas por la caricatura, con lo que parece como si inconscientemente el autor se hubiera dejado fascinar por ese mundo que desea destruir. En otros momentos, en cambio, lo narrativo fictivo se introduce de buen grado para aliviar el peso de tanta carga erudita y doctrinal. En nuestra opinión, uno de los rasgos fundamentales de la literatura costumbrista aurisecular es, precisamente, el papel ancilar de lo costumbrista, su utilización en el ámbito del adoctrinamiento y en la exposición de las tesis morales que sostienen los autores.

5. EL ELEMENTO FILOSÓFICO-MORAL

Hasta este momento se ha fijado más nuestra atención en uno de los componentes que conforman toda creación costumbrista del barroco: el ingrediente tradicionalmente llamado costumbrista, con lo que se ha descuidado el aspecto filosófico-moral. No cabe duda de que ocuparse de tal componente excede el campo de lo literario para entrar en el universo de la ética y la moral. No obstante esta circunstancia, debemos reparar en él, aunque sea brevemente, ya que su sostenida presencia en los textos costumbristas produce un resultado que sí que afecta de lleno a lo literario. Quiere decirse que, a nuestro modo de ver, el elemento

¹⁴ *Guía y avisos*. ed. cit., págs. 266-267.

filosófico-moral tiene una influencia decisiva en el proceso de desintegración de la novela española del siglo XVII.

Las obras costumbristas presentan numerosas y explícitas reflexiones morales procedentes de tratados *ad usum confessorum et sacerdotum*. El lector no saca ahora ninguna conclusión provechosa que esté implícita, sino que los textos están empedrados de consideraciones de moral religiosa. Sería impertinente desarrollar en el presente trabajo las múltiples reflexiones éticas y morales observables en las creaciones costumbristas del siglo XVII. Sí que conviene, por el contrario, para acercarnos a la interesante cuestión de la desintegración de la novela, anotar que suele ser la parte de las obras que más críticas ha recibido. A nadie se le oculta que las sostenidas digresiones de índole moral y parenética no pueden menos que cansar y aburrir a la inmensa mayoría de los lectores; de ahí, por ejemplo, que se hicieran ediciones expurgadas de *El día de fiesta*, en las que solamente se incluían los cuadros costumbristas. Ahora bien, tampoco debe olvidarse que estas ediciones ofrecen una visión parcial y falseada de la obra de Zabaleta.

Como quiera que sea, el elemento filosófico-moral encuentra lógica justificación en virtud de la esencial finalidad de edificación religiosa que los costumbristas atribuyen a cualquier creación de carácter artístico. En consecuencia, "el escritor — señala el profesor Cuevas— debe transmitir su mensaje trascendente en forma tan explícita y clara que su contenido no pueda pasar inadvertido ni siquiera para el más frívolo de los lectores"¹⁵. Este interés hace que no pocas veces el mensaje doctrinal se presente de un modo redundante, que se repita, en el corto espacio de pocas páginas, varias veces ¹⁶.

6. LOS TEXTOS COSTUMBRISTAS PRODUCTO ÚLTIMO DE LA DESINTEGRACIÓN DE LA NOVELA BARROCA

Creemos llegado el momento de plantear una de las cuestiones más interesantes que surgen al examinar la literatura costumbrista del Siglo de Oro; asunto que podría enunciarse del siguiente modo: los textos costumbristas son el producto último de la desintegración de la novela barroca, de su paulatino desnovelizarse. Esto es así porque las continuas reflexiones morales, el sostenido empeño moralizador y didáctico, las frecuentes digresiones de carácter parenético producen el adelgazamiento del hilo fictivo-narrativo, si no su completa desaparición. Quiere decirse, por consiguiente, que los costumbristas barrocos conciben sus obras con el firme propósito de aleccionar a sus lectores acerca de los modos de evitar los vicios y los malos hábitos enraizados en la sociedad de su tiempo y, guiados por este fin, hacen uso de un material narrativo, las descripciones de costumbres, que en sus manos es un simple instrumento, como ya quedó dicho, para lograr su intención didáctica. No les importa, pues, ni la cohesión estructural de sus relatos ni el hilo argumental de los mismos, ya que lo fundamental es aconsejar, avisar, adoctrinar; y para que ello sea factible no escatiman medios, todo vale, incluso la aniquilación y desintegración del género literario novela.

Ahora bien, ¿cómo se lleva a cabo este proceso? El método más eficaz, en nuestra opinión, consiste en la sistemática interrupción de la línea argumental con el fin de dar cabida a las

¹⁵ C. CUEVAS GARCÍA, "Juan de Zabaleta y la funcionalidad...", art. cit., pág. 518.

¹⁶ Así ocurre, por ejemplo, en el aviso primero de la Guía, donde en el corto espacio de seis páginas se apunta por tres veces la misma advertencia: que mire y atienda qué posada escoge el forastero cuando llega a la Corte. (Cfr., ed. cit., págs. 58, 61-62 y 64).

advertencias y amonestaciones, a la indigesta erudición y, sobre todo, a los pensamientos morales y doctrinales. El aviso primero de la *Guía* de Liñán, por ejemplo, pretende advertir al forastero, llegado por primera vez a la Corte, del peligro que corre si se hospeda en una posada de ruin vecindad. Los cuatro personajes de la obra dialogan sobre este punto. Esta sería, por consiguiente, la línea argumental. Pero el diálogo se ve continuamente interrumpido a base de numerosas reflexiones morales, adobadas con citas de diversas autoridades, que poco o nada tienen que ver con el caso. Hasta tal extremo se llega, que uno de los protagonistas no tiene más remedio que llamar la atención a sus contertulios con el fin de centrar de nuevo la conversación:

“Baste, baste, baste, señores —dijo el Maestro— que nos habemos divertido demasiado del principal intento que yo llevaba de advertir y dar por primero aviso al forastero venido de nuevo a la Corte...”¹⁷.

Siguiendo con los ejemplos, modélico nos parece el aviso tercero de la misma *Guía*. Bien es verdad, que en este caso la narración no se ve interrumpida por meditaciones esencialmente moralizadoras, sino que por otras cuestiones. El asunto central del aviso es el de advertir al forastero “que mire por qué calles pasea y los peligros que le pueden suceder pisando las que no ha menester para los negocios”. A partir de ahí, y como si se tratase de cerezas que se tira de una y salen varias, los personajes conversan sobre otros temas alejándose de la materia de este tercer aviso. He aquí una breve síntesis esquemática del diálogo: 1) Comienza el Maestro exponiendo el punto central del aviso: los peligros que presentan ciertas calles de Madrid. 2) En un momento determinado dice el Maestro: “y podríamos decir de estas calles al revés, lo que de la albahaca...”. 3) Con lo que el diálogo se centra sobre la albahaca y sus propiedades, ya sean benignas o malignas. 4) A propósito de ello se citan diversos médicos, entre ellos el doctor Cámara. La conversación gira ahora en torno a este catedrático de Prima de Medicina en Alcalá de Henares. 5) Tras esto dice don Antonio: “y volviendo a lo de la albahaca...”. 6) Pero el joven Leonardo quiere saber si el doctor Cámara fue tan agudo y discreto como publica su fama. Se le contesta. 7) Hasta que por fin el Maestro propone que se prosiga con el asunto de las calles y sus peligros.

Algo parecido ocurre en el capítulo IV de *El día de fiesta por la mañana*, titulado “El adúltero”. Aquí también lo puramente argumental es muy poco y la marcha del relato se ve una y otra vez entorpecida por las digresiones moralizadoras. Lo que nos cuenta Zabaleta es lo siguiente: la criada de la mujer adúltera lleva por la mañana un mensaje al galán en quien la dama tiene puesto el gusto. Aquél lee el billete, le da un doblón a la mensajera y contesta el papel de su amada. Se viste y se marcha al templo pues es día de precepto. Entra la adúltera en la iglesia. El sólo, ella con su familia. Hace la mujer la seña conocida para que se vean en el lugar que suelen. Y nada más. No se crea que este argumento está aderezado con diálogos, descripciones adjetivas o cualquiera otra salsa, antes al contrario. Los hechos se cuentan con el laconismo y la concentración conceptual propios del estilo zabaletiano. El autor, pues, presenta sucintamente la relación adulterina entre un galán y una dama, lo que le da pie para construir un “relato” pleno de amonestaciones, consejos y censuras. A modo de ejemplo obsérvese el arranque del capítulo:

¹⁷ *Guía y avisos*, ed. cit., pág. 61.

'Con achaque de ir a misa, sale la criada de la mujer casada ruin el día de fiesta a las seis de la mañana. Llega, de orden de su señora, a casa del galán en quien ella tiene puesto el gusto. Llama a la puerta, despiértale un criado, y él, en sabiendo para lo que le despiertan, acaba de creer que el sueño es muerte, y piensa que quien le despierta le ha resucitado. Entra la mujer, él se incorpora en la cama, recíbela con grande alegría, ella saca un papel de su señora y. besándole primero y empezando una grande reverencia, se le pone en la mano. y acaba la reverencia después de habersele puesto en ella.

Los criados que entran a servir a amos viciosos, o han de ser malos criados, o malos cristianos; pero habiendo de desagradar a alguno, mejores desagradar al dueño injusto que al Dios justiciero. Ninguno de los que sirven se rinda a desobedecer a Dios por obedecer a quien sirve. No obedecerle, y porfiar en servirle, es trabar contienda con quien es más fuerte; esto no es cordura, pero serálo el dejarle..."¹⁸.

Con todo, donde se ve más claramente esta forma de narrar es en la obra *Día y noche de Madrid*. Buena parte del discurso primero se consagra a la narración que Juanillo hace de su vida, una vida apicarada al principio, pero que, merced a la ayuda de un religioso, es ahora honrada y cristiana. Lo interesante, empero, es observar cómo lo doctrinal ahoga lo literario y lo fictivo. Quiere decirse que lo que podía haber sido un entretenido relato de pícaros se frustra *ex ovo* por el carácter sentencioso y moralizante que preside la narración de la vida de Juanillo y, sobre todo, se echa a perder por las continuas interrupciones de la línea argumental a base de reflexiones morales: censura de la privanza, distinción entre los pobres verdaderos y los fingidos, una extensa digresión sobre la verdad, además de repetidas sentencias del siguiente tenor: 'que no es razón que en un pecho cristiano duren rencores que fueron dados sin causa'. "Alivio es que falten los sentidos cuando hay penasen que ocuparlos" o "Mira que la mujer es una joya que, aunque propia se ha de guardar con recato". Parece manifiesto que semejante manera de narrar conduce a una desintegración del material fictivo que se disgrega entre tanta acumulación de lecciones, sentencias y discursos moralizantes.

Si *Día y noche de Madrid* comienza con el relato de la vida de Juanillo, en una acertada simetría Santos termina la obra con la narración de las andanzas del otro protagonista, Onofre. Pero para que la simetría sea acabada y perfecta, la autobiografía de Onofre se detiene frecuentemente para embutir en el cuerpo de la narración comentarios de índole moral. Véanse estos dos ejemplos altamente clarificadores:

1. Onofre cuenta cómo su padre, impedido, consigue acudir en ayuda de su hija que está siendo forzada. Pues bien, justo en este punto del relato, como si de modo voluntario buscara un anticlímax, Santos coloca una reflexión moral:

'Sucedió que, algo receloso de mí, como reinaban en él tantas traiciones, mudó de retraimiento, y viendo que yo no salía del mío y que mi padre impedido no se levantaba de la cama, juzgando ejecutados sus torpes y atrevidos deseos, se determinó una confusa noche, escalando un balcón llegar hasta el dormitorio de mi hermana, donde estaba ya recogida, y atrevido cuanto desatento, sin atender la vecindad de

¹⁸ *El día de fiesta*, ed. cit., pág. 129

tantos años, amistad tan estrecha, deuda que me tenía y la principal, que negaba a las leyes de Dios, la despertó, amenazándola con la muerte, si no consentía en su gusto; ella asombrada dio voces, llamando a su padre y hermano, y defendiéndose con varonil valor dio lugar a que Dios la favoreciese, pues como todo lo ve, y en las mayores necesidades socorre a los suyos, permitió que alentado mi padre tuviese ánimo de levantarse, fiado en la ayuda de un báculo, y más grave de lo que le concedían sus achaques llegó a dar socorro a su querida hija, consiguiéndolo, aunque con grave daño de su persona.

No hay animal, en cuantos la naturaleza crió, más atrevido, más ciego y pertinaz y perverso que el hombre, pues no hay cosa que le parezca imposible para lograr un infame apetito, y compadecida de su mina, la misma naturaleza le puso un despertador para que le avisase de las calamidades que le amenazan, pues los golpes que da el corazón del hombre en los sobresaltos y sustos no es concebido a ningún otro animal" ¹⁹.

En esto llega Onofre y se enfrenta al galán. Aquél tiene una espada, éste una pistola. Aprieta el gatillo, pero se le había olvidado poner la piedra. Semejante situación lleva a Santos a una corta meditación que entrevera en el episodio narrado por Onofre:

"... vi que del cuarto de mi hermana salía un hombre diciendo: «Para que sientas y penes te dejo la vida. bulto caduco»). No hube menester preguntar la causa, pues conocí a mi enemigo, a quien dije: «Onofre soy, Dios me ha guiado aquí sólo para castigar tu loco atrevimiento, pues aún con la muerte no has de satisfacer a tan grave ofensa como la que has cometido»). Ofrecíme con la espada desnuda y recibíome tirando un pistoletazo, pero a quien Dios guarda en vano se le oponen fuerzas humanas. Fáltóle la piedra, ¡bastante desengaño, pues aún las piedras sienten las alevosas intenciones, sin ayudar a quien las cometa! Si el hombre falta a los mandamientos de Dios, ¿qué mucho que falte una piedra insensible para dar luz a su malicia? Sóltola en el suelo, echando mano a la espada, que así que la sacó..." ²⁰.

Poco le importa, pues, al autor del *Día y noche de Madrid* truncar el hilo narrativo en un punto de máximo interés. Su intento principal no es contar emocionantes relatos de aventuras peregrinas ni deshonestas novelas picarescas, sino encaminar con sus consejos y narraciones a los hombres hacia el bien, mostrar lances piadosos y ejemplares, a la vez que censurar los comportamientos ilícitos.

Parece claro, por consiguiente, que el contenido doctrinal pesa mucho en la concepción de la obra costumbrista, hasta el punto de que se van perdiendo los componentes de la ficción novelesca en favor de la preocupación didáctica y moralizadora. Los ingredientes básicos de cualquier entramado fictivo, argumento y personajes, ceden su lugar a un conjunto más o menos heterogéneo, de tipos y escenas vistos y anotados por el escritor costumbrista, que comenta los aspectos morales que pueda ofrecer el relato. Eso es lo que realmente importa, los comentarios morales sugeridos por los tipos y las escenas descritos. El material fictivo, en

¹⁹ *Día y noche de Madrid*. ed. cit.. pág. 219

²⁰ *Ibid.*, pág. 220.

consecuencia, se convierte en el cañamazo donde los autores tejen con el hilo más preciado para ellos: las reflexiones de moral eclesiástica. Un cañamazo cada vez menos consistente, que en nada se parece ya al del resto de la narrativa aurisecular. Es pues el caso que en el siglo XVII español asistimos al apogeo y a la desintegración de la novela. No poca culpa de este paulatino desnovelizarse la tiene la literatura costumbrista barroca y su ineluctable empeño moralizador.